

nuestros parientes! Quisiera que le oyeses . . . Soy madre, y no puedo menos de querer su felicidad: dice que tu eres la única joven del mundo que puede dársela. De mis hijas no te hablo: tú sabes si te quieren. En cuanto á mí, yo.. tu Ana la que tú has hecho católica . . . después de la esperanza del paraíso, no me consuela otra esperanza que la de pasar gozosa el resto de mi vida contigo, y contigo dirigir bien á mis hijas . . . y luego fallecer en tus brazos . . . —

Enterneciase mistress Needle al decir estas palabras, y también Julia estaba profundamente conmovida.

—Tú dices siempre, continuó la señora, que estás obligada conmigo á mucho: la verdad es que nosotros te debemos cien veces más; pero te cojo la palabra. Si algo me debes, me pagarás con usura cuando me digas: "Os acepto por madre, y seré con él vuestra hija". —

Julia se sintió vencida por este llamamiento á su gratitud. Sin embargo, para no precipitar la cosa, respondió de una manera modestísima:—Sí os llamé madre ya, y madre os llamo con motivos de sobra; más para llamarme hija propiamente del modo que ahora os dignais pedirme

es preciso que lo piense más . . . ¿Me concedéis tres días.

—También tu padre los pide, y es justo. Yo los pasaré rogando al Señor que te ilumine para que conozcas la verdad de cuanto digo. Nada exagero: créeme. —

Con este acuerdo, mistress Needle salió de casa de los condes, y quedó abandonada la joven á sí propia. Por mucho que se aconsejase y volviese á pedir consejo, no recibió más contestación que la siguiente:—Después de las informaciones de la señora, no existen obstáculos de conciencia y de honor; sólo toca ver si estais dispuesta ó no á quererlo como debe una esposa. La pobre, pues, pasaba las horas en su cuarto completamente sola, preguntando incesantemente á su corazón:—¿Le amarías?—Y por mucho preguntar no variaba la respuesta:—No le tengo aversión, ni repugnancia, pero tampoco amor . . . ; quizá con el tiempo ¡quién sabe!—

En la tarde del segundo día estaba fatigada de navegar en aquel océano sin orillas. Cuando su padre y su madrastra la invitaron para que saliese un poco á paseo, respondió:—Dejadme en casa; debo escribir.—Se metió en su cuarto; encomendándose ardientemente á Dios y á la Virgen.

Después tomó una hoja grande de papel, y la dobló por enmedio de arriba abajo, comenzando por escribir rápidamente todas las razones que la compelián á tomar la mano de John. Para esto bastole resumir las aducidas por mistress Needle, y llenó toda la columna, pasó después á escribir al otro lado todas las razones contrarias, y se quedó maravillada de que, al querer determinarlas con exactitud, desapareciesen por haberlas desvanecido las vivas refutaciones de la señora. Todo reduciase á un temor vago de hallar alguna vez cumplimientos semi venenosos, y de tener que sufrir alguna humillación posible: para socorrer á su familia, quedaríanle las manos tan libres como antes ó más.— ¡Cómo! exclamó ella; ¿no he sufrido toda mi vida mortificaciones, y sangrientas. . . ? todo pasa. Queda sólo el corazón, que aún no dice sí. . . . Lo tomaré con mis dos manos, dirigiéndolo á donde me plazca. . . . No me lo dió el Señor para que amase por capricho y pasión, sino para que amase racionalmente. La familia Needle exige que pague yo los beneficios que me ha hecho. . . y lo debo hacer, porque me abrió un refugio cuando estaba casi en la calle; me dió el pan para mí y para mi familia. . . .

Allí satisfizo Dios mi gran deseo de convertir á todos los de la casa. . . . ¿Quién sabe si quiere también bendecirme allí en adelante. . . . ? ¡Esta muy cara convertida, después de haberme favorecido y amado como una madre, se me pone delante de rodillas! John. . . . pobre joven, ¿dónde hallará un corazón capaz de amarle como merece. . . . ? Me suplica que acepte su amor con una lealtad y modestia tales que sería orgullosa y cruel si lo rechazase. . . . Señor mío, veis que no tengo ambición, ni ánsia de riquezas, y que no me compelen pasiones viles: me resuelvo á quererle. . . . para siempre. . . . con puro y digno amor, como vos mandais á una esposa. . . .

Dijo, y tomó un pedazo de papel, escribiendo: "Padre mio, prometed á mistress Needle todo lo que os plazca de vuestra Julia." Llevó el papel al conde, que al volver de paseo lo halló sobre la mesa. Entre tanto se arrodillaba en su reclinatorio, y, conociendo que su padre consentiría sin duda en nombre suyo, renovaba su propósito con toda la energía de su alma:— Desde ahora en adelante no miraré sino los bellos lados de la resolución adoptada, fijándome solo en lo que puede hacer agradable á Dios y á la familia en que voy á

entrar . . . Sea cual sea el pensamiento que me trastorne, ¡fuera! ¡fuera! No quiero hacer las cosas á medias; sino completamente bien.— Oyó entonces las pisadas de su padre. El conde Octavio entraba, diciendo:—Hija mía, creo que has escogido perfectamente y con la debida madurez. Dios te conceda su bendición, como te concedo yo la mía.—

Aquella misma tarde mandó el conde á la fonda de mistress Needle una carta anunciándola para el día siguiente, á hora determinada, una visita y una decisión que confiaba contentaría á todos. La señora dijo por telégrafo á John: “Buenas esperanzas, pero no te muevas: disponte á venir.” Al día siguiente la señora esperó al conde como si fuera un enviado del paraiso. Leyó en su rostro la respuesta favorable, rindiéndole luego las gracias más afectuosas que pudo en su nombre y en el de su hijo. Ratificó el conde los acuerdos del día precedente, y luego con familiar desenvoltura, la rogó que la diera el brazo, como consuegro suyo, para que fuese á dar las gracias á su nuera.

Julia cogió el primer fruto de dulcísima satisfacción en la inefable alegría de su bienhechora; estrechóla contra su seno, lla-

mandola el ángel de la casa Needle, así como la conductora de las felicidades mayores que se podían desear en la tierra y en el cielo.

—Después de mi viudez, dos días he tenido de alegría grande y profunda: el de mi conversión y éste; de ambos te soy deudora . . . Ahora, vamos; demos á John la parte que le toca de nuestro gozo, dirigiéndole un parte telegráfico en común.— Como era natural, la señora escribió primero estas palabras: “Miss Julia, aquí presente con el conde Octavio y la condesa, admite tu mano. Ven; tu madre felicísima.” El conde Octavio añadió: “Octavio de los Laureles y mi consorte confiamos alegres al señor John nuestro más caro tesoro.”

—Ahora tú, hija mía, dijo mistress Needle á Julia, presentándole la pluma; en lo que le digas, tutéale.—

Julia cogió la pluma, y más hermosa que nunca, con una llama virginal en el rostro, escribió con mano temblorosa: “Quiera Dios unirnos en el cielo, como place á nuestros padres unirnos en la tierra!—Tu Julia.”

El parte pasó por las manos de los presentes; que leyeron con placer el noble pesamiento de la joven. El conde prestaba,

se á llevarlo él mismo á la oficina del telégrafo, para no diferir un instante la grata noticia al señor John.—Un momento, le dijo la señora: es menester que os dé la dirección.

—La sé de memoria, respondió el conde.

—Conde, no es la que sabeis; escribid: 'Caserta, Fonda Victoria.' —

Una exclamación de maravilla salió á un mismo tiempo de todos los lábios. Dijo la señora: Sí; John está en Caserta, siempre con las alas tendidas para volar á Nápoles: aquí llegará esta noche sin falta.—Realmente, John, como sucede á todos los amantes, no había podido persuadirse nunca de que Julia no admitiría por fin el amor tan sincero que por ella sentía, deteniéndose por ello á una hora de distancia de la joven amada, aguardando su consentimiento, que suponía indudable. Dos veces al día llegábanle nuevas de la marcha de las negociaciones. Tres horas después de haber salido el parte, estaba en casa de los condes con su madre. A sus amorosas solicitudes, que Julia no hubiese imaginado en John, correspondió ella dándole á entender cuanto apreciaba sus finezas. Ni escaseó las más gentiles y francas demostraciones, que sabía perfectamente hacer cuando le acom-

daba. John quedó dulcificado hasta la médula de los huesos.

Permaneció unas dos semanas después de los esponsales, cada día más penetrado de que había escogido perfectamente, así como de que allá en Inglaterra, después de la borrasca de las oposiciones, encontraría la calma, y un coro unánime de parabienes por haberse mantenido firme contra todos. Julia, conocida en su casa paterna, y circundada de su familia, crecía en su imaginación más bella, más piadosa, más apacible, más grande y más noble que antes. No pasaba día sin que la visitase, acompañado de su madre, ó sin que á lo menos la encontrara con estudio en paseo. Correspondía la joven á sus deferencias amorosas, demostrándole que lo veía de nuevo gustosamente, con ciertas frases risueñas, así con ciertas miradas afectuosas y cordiales, que tanto más llenaban á John de suave delicia, cuanto más exquisita brillaba la reserva de la virgen católica.

Quien hubiese contemplado en tales entretenimientos el grupo de los prometidos y de sus padres, hubiera podido discernir con dificultad si estaba más enamorado de Julia John, ó mistress Needle. La grave y pía matrona observaba con la penetra-

ción de una mujer las actitudes del hijo y el aire de la joven, no escapándosele un gesto, una media palabra, una sonrisa, ni una mirada, unida á la modestia más relevante.—Verdaderamente, exclamaba, se ve lo que dice la Biblia: “La piedad para todo aprovecha.”—Y á Julia la frase cuadraba mucho más de lo que *mistress Needle* creía; porque la joven angelical sólo había sentido de humana pasión lo bastante para ofrecerse como amante y buena esposa á su prometido; lo demás era en la joven deliberada operación de la voluntad, que rendíase á los dictámenes de la virtud. Otras veces la señora, con la confianza natural, ponía la mano en la espalda de su futura nuera, y decía:—Eres también, cuando te place, una gran hechicera. Me has trasfigurado á mi John, y le has hecho mudar de naturaleza; no le reconozco.—

—Tampoco yo le reconozco, respondía Julia; le hallo cada día más abierto, más decididor, más afectuoso y más amable.—

Así pasaron los quince días después de los esponsales, pareciendo breves. Ninguna novedad varió la dulce quietud, fuera de una carta de *miss Mary*. Divulgada en Parque Verde la fama del gran aconteci-

miento de Nápoles, *miss Mary* se sonrió malignamente, creyéndola una calumnia contra su señorito. Más no tardaron mucho en llegar noticias, ciertas é indudables. Entonces tuvo la fiebre del miedo. Se imaginaba un estado insoportable de sierva maltratada por su rival, compelida nada menos que á saludarla y á llamar *mistress Needle* á la que había querido echar de la casa no bien se presentó en ella, á la que había lastimado por perenne guerra de alfilerazos, y á la que había querido convertir dos meses antes en seductora del señor John. En el desorden de ideas producido por la espectación de las venganzas de la nueva señora, escribió á *mistress Needle*, pidiendo secamente su retiro.

Rióse sabrosamente la señora con John, y John se rió con Julia, que le dijo:—Por caridad, conténmela de todas maneras. .. Me parecería que me faltaba un ojo si encontrase á faltar allí la pobre vieja. ¿A dónde irá á caer sin el pan de la casa *Needle*?—Contestó á *miss Mary* la señora que por entonces era imposible darle permiso para irse, por ser su presencia demasiado necesaria en el castillo, y por ser demasiado el afecto que le tenía su antigua maestra; añadió que recibiera en el ínterin los

saludos más cordiales de miss Julia, la cual le prometía tantos y tantos miramientos, que quedaría contenta.

Al florecer la primavera despuntó el día fijado para las bodas. Veinte días antes, mistress Needle había vuelto á Nápoles con su hijo. Llevaba también á sus hijas, felices por el modo inesperado con que recobraban á su querida maestra; por añadidura, había traído á la fiel Kelerina, que tocaba el cielo con las manos, no sabiendo ansiar para sí mayor fortuna que vivir y morir sirviendo á la nueva señora, que siempre había sido para ella tan gentil y amorosa.—¡Oh! ¿Lo veis?, decía la pobre á Julia. ¿Eran necedades mías cuando lo anunciaba? ¡Qué fortuna para todos! ¡Si supiéseis lo que yo he pedido á Dios!

—Sí, sí: está bien; te doy las gracias, pero exijo aún de tí otra cosa.

—Mandad; sabe la señora que siempre la obedecí puntualmente y con placer.

—Quiero de tí que no hagas nunca sentir á miss Mary una mortificación, ni una palabra desagradable: ¿lo prometes?

—¡Considerad, señora mía, puesto que así lo quereis!

Para el día solemne de las bodas, mistress Needle obtuvo que llegasen de Ingla-

terra algunos parientes suyos, y el banquero amigo que facilitó el matrimonio. El oculto secreto de la discreta mujer fué mostrarles la ilustre parentela de la esposa, para que hablasen bien al regresar á su país. Y le salió maravillosamente, porque los testigos de Julia eran caballeros de las más ilustres familias de Nápoles. En la iglesia, á la Misa del anillo, los pocos que acudieron para honrar á los señores Needle halláronse rodeados de una electísima corona de caballeros y de nobles, parientes todos ó amigos de la familia del conde. Persuadiéronse así los señores ingleses de que, si la fortuna había batido cruelmente á la familia de la esposa, no había conseguido siquiera deshojar su reputación. Mistress Needle en aquel intermedio recogió una porción de tarjetas de visita, que parecía un álbum de los más claros escudos nobiliarios de Nápoles; haciendo ver que lo hacía *descuidadamente*, las dejó dentro de un hermoso cestito en la sala de Parque Verde.

John quiso reservar las fiestas más brillantes para su regreso á Inglaterra. Su madre le precedió para ordenar los preparativos. El y Julia fueron á Roma, donde lograron audiencia y bendición del Santo

Padre; después anduvieron largamente por el Alta Italia, y comulgaron en Turin en el templo del *Corpus Domini*, donde brilló para John el primer lampo de la fe católica, precursor de su conversión. Vieron nuevamente á Génova y visitaron á Milán, deteniéndose algunos días en Venecia causándoles increíble placer atravesarla de todas maneras en las góndolas, que se deslizan á modo de saetas; no dejaron de alimentar con su mano, como los demás ingleses de pura raza, á las mansas palomas de la plaza de San Marcos. Le procuró Julia este gusto con una broma. Conociendo perfectamente tal novedad de Venecia, llegados á la plaza, se apartó un momento de su esposo, entró en una tienda, y salió con un cucurucho de panizo en la mano. —¿Qué es esto?—preguntó John.—Ahora lo veras, respondió Julia. Metiéndose adentro, comenzó á dar algunos granos á un grupito de palomas, y pronto tuvo á su alrededor una multitud; entonces, derramando el alimento á manos llenas, se vió semicubierta por los animales, con gratísima sorpresa de su marido, que veía las hermosas aves acudir volando de todas partes, ponerse sobre las rodillas y las espaldas de su esposa, comiendo familiarmente

en su misma mano, como si hubiera sido su proveedora de siempre. Dando las espaldas á Venecia, John y Julia volvieron á subir los Alpes, y gozaronse dos días visitando à Nuestra Señora de Lourdes, desde donde dijeron por telégrafo á mistress Needle que los crecientes ardores de la estación invitaban á refugiarse en las sombras de Parque Verde.

Eran allí esperados con alegría universal. Sólo miss Mary estaba muy abatida. Empero Julia, como cristiana, se acordó de la perseguidora suya rabiosa y tenaz; era casi la única que continuaba siendo protestante en la casa Needle, á pesar de ser buena en el fondo, sumamente honrada y amante de la familia, en la cual había envejecido; entre el estrépito y las distracciones de su primer ingreso la colmó de respetuosas atenciones. Lo que no lograron las exhortaciones de la señora, ni el ejemplo de las compañeras, obtúvolo la joven con su dulcísimo perdón; la pobre vieja miss Mary fué la última de toda la casa que se convirtió al Catolicismo un año después de las bodas de John y Julia.